

Ele Zaar

VII. — AITTE BATEN AZKEN-ITZA (*El último consejo de un padre*)

Munduun beste asko bezela, aitte batek iru seme ementzittuun.

Iruek ondo azitzen alegiñe eiñ ementzoon. Baño sémeék beti alper : laneen ez zailtzeen ez etsipenik artzeen.

Alako bateen, aitte ori gaixotu eiñ ementzan. Iltzea zijoola bee buruuri igarri eta semeei bee ondora deittu ementzieen, eta esan: « Urrea lanaan gare. Ara or etxe-aurreko zelaie, lenau garbi tta apaindue, oaiñ sasiz lotue. Gure ondasunek or dittuk : badek or urrea galanki. Nola azaldu noon ? Layaz eta atxurrez jo oi nian zelai guztie eta geo garie eiñ. Eta urte askotan ala. Eta urte-ero urte-ero urre mordoxka 'at ortik ataatzan niaan. Oaindi badezuia or nai ala.

— Eta ze aldetan da urre oi ?
— galdetu ementzioeen sémeék.

Baño aitte, gaitzeen indarrez, itzbae geldittu eta beelaxe ill ementzan, beste garbitasunik eman bae.

Geo sémeék een baittan ementzioen : « urrea zein tokitan dan zearo etzekiau : baño zelai ortan dala, bai. Zopizartu eta atxurtu zaioun lur guztie eta urrea or numbait agertuko dek ».

Como muchos otros en el mundo, un padre tenía tres hijos.

Hizo cuanto pudo por educar bien a los tres. Pero los hijos siempre holgazanes : no se adentraban en el trabajo ni se aficionaban a él.

En cierta ocasión ese padre enfermó. Conoció que se iba a morir y llamó a su lado a los hijos, y les dijo : « El oro, flor del trabajo. He ahí el campo frontero a la casa. Antes limpio y aderezado, ahora cubierto de zarzas. Ahí están nuestros bienes : existe ahí oro abundante. Cómo lo descubrí? Con laya y azada solía cavar todo el campo y después sembraba trigo. Y así durante muchos años. Y anualmente, anualmente extraía de ahí un montoncillo de oro. Todavía queda ahí oro cuanto uno desea. »

— Y en qué lado se halla ese oro? — le preguntaron los hijos.

Pero el padre se había quedado sin habla por la enfermedad y luego murió sin dar otros informes.

Después los hijos se decían : « No sabemos con precisión en qué sitio se halla el oro ; pero sí, que es en ese campo. Levantemos los tepes y cavémosle la tierra y el oro aparecerá ahí en alguna parte.

Baitta gogor jooree, bata bes-
teen laien, urreen usaien. Laixter
zelai guztie izau ementzoeen.

Baño urreik ez aagii. Aurreapen
bae eta erabat lurjota geittu emen-
tzien iruek.

Gizon zaar bat aldeatu emenzi-
tzaieen eta zer zebiltzen galdetu.

Gertaera guztie garbi agertu
ementzioeen.

— « Etzeok gaizki oi — cantzu
ementzieen aek — : ez etsi, zuun
aittek buruzpide txarrik ez dizuia
eman. Lurre izau dezuia eta lanik
okerrena eiñe zeok. Oaiñ azaroa
dek eta garie eiñ. Geo neguko
ebiik eta udaberriko berook azal-
duazingo diia urrea. »

Ala, garie eiñ ementzoeen.

Beatzi illabete buruun galsoro
ederra eiñ ementzan : galburuuk
gorri-gorri distiatzen : urre-soro 'at
ementzirudin.

Ari beida ementzeeren iru
anieek.

Azaroko gizon zaar ue antxe
gertau, urduun ee, eta iruei esa'e-
mentzieen : « Ara galsoro ederra,
urrepilleen pare. Ez aaztu aitte-
esana : urrea, lanaan gare. »

Urduiti iru anaie aak ikasi emen-
tzoeen, een zelaitti, aittek esanda-
ko urremordoxkea urte-ero ataa-
tzen.

En efecto, trabajaron duramen-
te, rivalizando tras el oro. Pronto
roturaron todo el campo.

Pero no aparecía el oro. Los
tres se quedaron sin esperanzas y
totalmente alicaídos.

Un hombre anciano se les acer-
có y les preguntó qué hacían.

Le declararon abiertamente
cuanto les había ocurrido.

— « No está mal eso — les con-
testó aquél — : no desesperéis,
vuestro padre no os ha dado nin-
gún mal consejo. Habéis rotura-
do la tierra, y el trabajo más ar-
duo está realizado. Ahora es épo-
ca de sembrar y sembrad trigo.
Después la lluvia de invierno y
el calor primaveral harán aparecer
el oro. »

Por consiguiente, sembraron
trigo.

Al cabo de nueve meses, se hi-
zo un hermoso trigal : las espigas
brillaban al rojo vivo : parecía
campo de oro.

Estaban contemplándolo los
tres hermanos.

Aquel hombre anciano de No-
viembre se encontró también allí
entonces, y dijo a los tres : « He
ahí un hermoso trigal, que equi-
vale a un montón de oro. No ol-
vidéis la frase del padre : « El oro,
flor del trabajo ».

Desde entonces aquellos herma-
nos aprendieron a extraer de su
campo cada año el montoncillo
de oro de que les hablara su pa-
dre.

(Referido el año 1921 por Juan Miguel de Aguirre (pastor de
55 años, del caserío Mendiurkullu en Atáun).

J. M. de B.